

# Destierro, migración y exilio

**Marina von der Pahlen**

Giraldo, Luz Mary, *En otro lugar. Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2008.

Quizá por deformación profesional, en el momento de elaborar la reseña de un libro que he leído un par de veces me concentré en el principio. No me refiero al comienzo del texto, esas palabras que, escritas, interrumpen el blanco de la hoja y empiezan a organizar un pensamiento. Tampoco en el epígrafe, ni siquiera en el título.

Mi primer objeto de interés es la retirada de portada, la comúnmente llamada “página de legales” o “copy”. Creo que es una primera instancia interesante para pensar el contexto de producción y el horizonte de recepción del libro. El presente, que se pregunta y ensaya varias respuestas sobre las condiciones y la situación de un lugar ajeno –exilio, destierro, desarraigo, errancia; el arte de nombrar la experiencia de estar en otro lugar y la gran cantidad de sintagmas para este paradigma es uno de los puntos interesantes de este ensayo– se escribe, produce y fabrica desde lo propio.

A quienes estamos acostumbrados al “Impreso en (determinado país)” o su variante nacional más orgullosa, “libro de edición argentina”,<sup>1</sup> nos llama la atención este libro que proclama haber sido “Impreso y *hecho* en Colombia” (subrayado propio). Ese país hace libros, pero a la vez hay libros de escritores *hechos* allí (vgr., colombianos), pero cuya pertenencia a esa nacionalidad está

---

<sup>1</sup>. Y de una frase a otra hay un desplazamiento hacia un mayor peso de trabajo intelectual, en el matiz que va del artefacto imprenta a la figura del editor.

atravesada por el exilio elegido o forzado. Finalmente, este libro cruza las dos instancias: está hecho en Colombia, pero habla de quienes se fueron, llegaron, anduvieron de un lugar a otros, y en esos procesos, los escritores, los narradores o (pero a veces también “y”) los personajes fueron preguntándose acerca de los alcances y los límites de ser colombiano.<sup>2</sup>

Luego tenemos un indicador del horizonte de expectativas de recepción: la tirada. Arriba de “Impreso y hecho en Colombia” se lee: “Número de ejemplares: 500”. Nuevamente el libro en un medio, bastante más definido por la industria editorial, y cuyas posibilidades de circulación están previstas en los circuitos comerciales, en los que tendrá un lugar, pero quizá más en los académicos, como en una biblioteca universitaria, como libro de consulta para muchos más que quinientos lectores, en Colombia o en otro lugar, como objeto de reseña en la revista de una institución académica.

## “Escrituras del desplazamiento” o el empuje de la violencia

La violencia constituye un elemento decisivo en la (re)definición de las ciudades y de sus representaciones. Esos espacios atraen a las masas migrantes con algún tipo de esperanza de mejora, quizá con alguna promesa de arraigo, siempre frustrada. Lo cierto es que no pasa mucho tiempo antes de que la apreciación cambie de signo, la ilusión caiga y los sujetos sean presa de la desesperanza, el cinismo, la resignación. El lugar en que se vislumbraba la posibilidad de una nueva vida se convierte a menudo en un ámbito en que no vale nada, donde la muerte puede proliferar hasta devenir un hecho banal.

Al estudiar la cartografía de los desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea, descubrimos que la ciudad es un lugar privilegiado para el ejercicio de la violencia, quizá porque, en su aglutinación de gente, la posible víctima está próxima. Esto no debe llevar a la idealización del espacio rural, donde las grandes matanzas de familias o pueblos casi enteros es una de las causas que motivan a los habitantes a irse de allí, a desplazarse del campo a la ciudad.

Esa migración en particular da mayor espesor al significativo desterrado –dentro del paradigma del exilio–, esa sensación de estar arrancado de la tierra. Pero además, algunos textos se suman a “la tradición legendaria latinoamericana, según la cual la naturaleza es en sí misma violenta” (51), con su barbarie de selvas, pampas y llanos.

---

2. Fernando Vallejo constituye un ejemplo llamativo. El narrador y protagonista de sus relatos realiza desplazamientos entre pueblos y ciudades de Colombia y desde ese país a otros, y como escritor renunció a su ciudadanía colombiana en mayo de 2007, aunque la reclamó de vuelta en octubre de ese año.

Giraldo plantea un paralelismo entre la antología de relatos de varios autores *Lugares ajenos. Relatos del desplazamiento* (2001) y el carácter errante y errático de la historia política y social colombiana. La búsqueda de puntos en común es un paso necesario en la propuesta de la autora, que pide no dejar de lado el contexto histórico de la producción literaria, porque “entre los textos y hechos se ratifica que la literatura no guarda silencio frente a la historia, que ha tenido necesidad de contar, de afirmar y exorcizar el dolor y el horror” (42). Así, por ejemplo, en *La multitud errante* (2001), de Laura Restrepo, el peregrinaje se enlaza con la búsqueda de la mujer amada, que ha desaparecido en la guerra.

*Sangre ajena* (2000), de Arturo Alape, se centra en el núcleo de miseria de Bogotá que es Ciudad Bolívar, “ciudad marginal y estigmatizada dentro de la ciudad normalizada” (59), pero también la capital colombiana y Medellín son percibidas por quien las recorre como basura y sangre. Sumando *Las muertes de Tirofijo* (1972) y *El cadáver de los hombres invisibles* (1979), el análisis de la narrativa de un mismo autor a lo largo del tiempo confirma que la violencia que destierra a los sujetos los acompaña en su desplazamiento a las ciudades, se transforma de la ejercida por la fuerza pública o los partidos tradicionales en la que ejercen y padecen los desplazados a lugares marginales, atados al sistema de sicariato.

El protagonista de *La Virgen de los sicarios* (1994), de Fernando Vallejo, no busca a nadie en su errancia por Medellín, pero se topa con el joven sicario Alexis. El desplazamiento es al menos triple en esta novela: de los pueblos a las ciudades, del exilio en que vive Fernando a su país de origen, y el de la lengua a una jerga de rufianes, que en opinión del narrador gramático la está carcomiendo.

*Rosario Tijeras* (1999), de Jorge Franco, constituye con la de Vallejo los pilares de la sicaresca colombiana, que dibuja una Medellín golpeada por la violencia que migró del campo a la ciudad y, dada esa definición, engloba también *Sangre ajena*. Pero mientras que la voz cínica de Fernando se burla de la nostalgia, ésta se impone en el mundo vacío en que se mueve Rosario.<sup>3</sup> Esta dimensión resulta crucial ya que *En otro lugar*, que trata del desplazamiento y la emigración, define el primero como una radiografía del destierro y la segunda como una vivencia asumida desde la nostalgia.

Por último, *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2004), de Alfredo Molano. El testimonio, literatura de no ficción, recupera en entrevistas o conversaciones las voces que viven “esa ‘pequeña muerte’ que es el exilio, ‘hecha de ajenidades’, que ‘no comienza con las amenazas de los enemigos, sino con el silencio de los amigos’” (133).

<sup>3</sup>. Mi lectura de este aspecto no coincide con la de Giraldo porque en *La Virgen de los sicarios*, como en otras novelas de Fernando Vallejo, la nostalgia está combatida por la voz narradora, que la salva del melodrama, pero sobrevive en algunos recuerdos queridos, especialmente el de la abuela.

## “Narraciones del exilio: de aquí para allá” o los cielos sin paraíso

En esta parte del libro de Giraldo, la palabra más corriente para hablar de los desplazamientos se impone desde el título: hablamos del exilio. Pero también del migrante, “un sujeto en tránsito o en proceso de adaptación y establecimiento” (75).

Del exilio sólo se vuelve a través de la ficción, único lugar en el que se encuentra el hogar perdido y se lo habita. Lo que se deja atrás no sólo es un lugar físico, sino una historia personal y familiar, construida con valores y tradiciones que chocan con los del nuevo espacio en que se vive. La alternativa es que esté deshabitado, en cuyo caso el establecimiento tiene carácter fundacional. Desde este punto de vista Giraldo aborda la tanta veces trabajada *Cien años de soledad* (1967), de Gabriel García Márquez. Pero esa aldea nueva, Macondo, casi ideal, es atravesada por el tiempo histórico de cierto progreso con la llegada de nuevos inmigrantes, los norteamericanos.

*Crónica del tiempo muerto* (1974), *Las trampas del exilio* (1993) y *El exilio y la culpa* (2002), de Óscar Collazos, dibujan las consecuencias sociales y de masificación de los desplazamientos internos, de las provincias a la capital, donde los migrantes ocupan lugares inhóspitos y miserables. Sin embargo, vivir en Bogotá da la posibilidad de abrirse al mundo y viajar al extranjero. Pero no se trata de un viaje alegre emprendido como aventura, sino que “el exilio corresponde al político, asociado en este caso al de los intelectuales latinoamericanos que durante la década de los setenta, debido a su militancia y a convicciones ideológicas, padecieron persecución y fueron obligados a salir de sus países y a incorporarse y establecerse social y económicamente en otras culturas” (89).

Los motivos de esta clase de exilio están ligados con la historia revolucionaria y es la descripción que quizá resulte más cercana al lector argentino. La última dictadura militar que marcó la segunda mitad de la década de los setenta obligó a exiliarse a muchos argentinos por las razones antedichas, y no es casual, como probablemente ninguna construcción cultural lo sea, que la novela de Collazos aluda sin nombrar a la Argentina, con su problemática particular de los desaparecidos. La alternativa para la mayoría de quienes resistían activamente el régimen *de facto* se planteaba entre el exilio y el convertirse en desaparecido.<sup>4</sup> Así, en la novela de Collazos, Salomón, radicado en Barcelona desde 1978, busca a una militante desaparecida.

4. En la trilogía argentina de Mario Paoletti, por dar un solo ejemplo de la abundante bibliografía que existe en la literatura argentina acerca de este tema, cada libro plantea un momento diferente en la vida de uno de esos intelectuales. En *Antes del diluvio* (1988) se narra desde su infancia, marcada por el primer golpe de estado en la Argentina, hasta el comienzo de su vida de militante. Luego, en *A fuego lento* (1993), su presidio político durante el que ocupa transitoriamente la categoría de desaparecido hasta que en un momento su familia se entera de que está detenido en Sierra Chica, y en *Mala junta* (1999), el exilio en España después de haber sido liberado, desde el que fantasea con organizar un atentado para matar a Jorge Videla.

La migración puede estar motivada por urgencias económicas, como en *Paraíso travel* (2001), de Jorge Franco. Pero no hay posibilidades de prosperar en Nueva York, donde se descubren las mismas carencias que en Medellín, que colaboran a crear la visión escéptica del mundo característica de los narradores colombianos contemporáneos, según apunta Giraldo.

Esa mirada también puede echarse sobre el lugar de origen e impulsar a los intelectuales a sumarse a la tradición de viajeros americanos que van a Europa para ampliar su horizonte cultural, como en *Zanahorias voladoras* (2004), de Antonio Ungar, y *El síndrome de Ulises* (2004), de Santiago Gamboa. En la última, el exiliado que fue en la búsqueda de sí mismo convive con quien debió migrar a París por razones más urgentes.<sup>5</sup> La experiencia del desarraigo y la conciencia de que la patria y la soledad se llevan dentro son comunes al refugiado, el ex guerrillero y el escritor en formación, pero para éste la escritura se convierte en el lugar tanto para vivir como para encontrarse consigo mismo.

Y, para todos, la marginalidad y la humillación de ser latino en los Estados Unidos o sudaca en Europa.

## “Narraciones del exilio: de aquí para allá”: otros(s) sentido(s)

El cruce del océano Atlántico en el sentido inverso al estudiado en el capítulo anterior es llevado a cabo por sujetos que también acarrearán el peso de la separación del lugar natal, que compensan con el ejercicio de la memoria o construyendo mundos que evocan el que se dejó atrás.

La búsqueda del anclaje no es fácil, y novelas como *El jardín de las Weismann* (1978, 1982), de Jorge Eliécer Pardo, pueden acompañar la incertidumbre al no definir el espacio por el que los personajes pasan o en el que se establecen, “un pueblo propicio para el cultivo de las flores *que pudiera ser Tolima*” (106, subrayado propio). También en *El salmo de Kaplan* (2005), de Marco Schwartz, y en *Los informantes* (2005), de Juan Gabriel Vásquez, el exilio es la huida de la muerte prometida a los judíos en la Alemania nazi. Décadas más tarde, Sara, la protagonista de la novela de Vásquez, es invitada a su pueblo natal para una ceremonia de expiación que le parece inútil al oír “cómo se les llenaba la boca con la palabra exiliado y todos sus sinónimos, que en eso la lengua alemana es generosa [...] a veces pienso que no sé bien para qué sirvió todo aquello, cuál era el afán de llamar a los de afuera y recordarles de dónde eran” (125-126).

<sup>5</sup>. La lista de los habitantes “tercermundistas” de París es llamativa en cuanto equipara ciudades con nacionalidades: “bogotanos, peruanos, porteños, chilenos, nicaragüenses, coreanos, marroquíes, árabes, polacos, rusos” (97).

El alemán de *La otra raya del tigre* (1977), de Pedro Gómez Valderrama, en cambio, realiza su viaje en el siglo XIX y con el sello del colonizador que abandona su patria huyendo de un crimen, buscando en un pueblo colombiano el espacio donde vivir fiel a su pensamiento liberal. Von Lengerke desdeña a los colombianos al igual que B.K. en *Los elegidos* (1953), de Alfonso López Michelsen, título que alude a la clase dominante local, que siente el exilio en su propio territorio y añora el mundo ajeno de los extranjeros.<sup>6</sup>

*El rumor del astracán* (1991), de Azriel Bibliowicz, describe la inmigración judía polaca desde la perspectiva de la aventura y la búsqueda de fortuna. Como es casi constante para los exiliados de que trata el ensayo, la condición de estos inmigrantes está marcada por la nostalgia del hogar perdido y la necesidad de aprender a sobrevivir en el nuevo lugar sin abandonar las tradiciones originarias ni la lengua materna.

Tanto de acá para allá como de allá para acá, se plantea el problema del lenguaje. Aprender el idioma del lugar que se habita es un requisito indispensable para salirse del círculo exclusivo de los compatriotas que residen allí. Es interesante el fenómeno de América Latina, cuya lengua común es el español de la conquista. Por un lado, diferencia el ensayo del contexto teórico con que dialoga –Zigmunt Bauman, Edward Said, Imre Kertész–, cuyos exiliados siempre enfrentan el desafío de un idioma desconocido. Por otro, y sin entrar en contradicción con lo anterior, en los textos trabajados, el español no es una lengua neutra y accesible, sino que vira hacia distintas jergas, es parcialmente desplazada por otra si los personajes se exilian en un país no hispanohablante, y es percibida como un sistema extraño por quienes hablan otro idioma y llegan a Colombia. Incluso a quienes comparten el idioma el lenguaje puede resultarles ajeno, porque las palabras no siempre significan lo mismo, y eso sin necesidad de apelar al argot.

La lengua sirve para comunicarse, pero también revela la concepción del universo de cada grupo, sus creencias, tradiciones y valores. La boca que articula las palabras es el medio para otra forma de encontrarse con los otros, con quienes “se comparten la mesa y la palabra. Si el alimento une, la palabra comunica” (129), y es la experiencia de los libaneses exiliados en Bogotá en *La caída de los puntos cardinales* (2000), de Luis Fayad. Como en *El rumor del astracán*, los migrantes emprenden viaje porque otros antes que ellos fueron en búsqueda de fortuna y la consiguieron. Pero el lugar de acogida puede resultar no solo culturalmente hostil, sino peligroso para la vida, como para el egipcio

---

<sup>6</sup>. Sin espacio para desarrollarlo, no puedo dejar de señalar que es llamativa la inclusión de la novela del ex presidente, de 1953, en el contexto de narrativa colombiana contemporánea. Casi todas las novelas analizadas fueron publicadas en los últimos veinte años, y unas pocas, en la década de los setenta, pero ¿por qué remontarse a la de los cincuenta?

en *Nazim. Muerto, vendido y desaparecido para siempre* (2005), de Fernando Iriarte, que reemplaza el tono nostálgico por la estructura del policial.

La violencia en Colombia puede atentar contra la integridad de los inmigrantes que optan por exiliarse en ese país, pero hay grupos condenados a sufrirla. Es el caso de los africanos secuestrados en masa y destinados a la esclavitud. En *La Ceiba de la memoria* (2006), de Rodrigo Burgos Cantor, europeos y africanos son ajenos a Cartagena, pero los primeros repiten modelos españoles sociales, económicos, religiosos, y los otros, estigmatizados y humillados, se refugian en secreto en la plegaria, el canto, la danza y el grito.<sup>7</sup> El dolor y el encierro hacen dialogar esa novela con *La cantata del mal* (2006), de Fernando Toledo, en la que la lepra obliga al protagonista a la exclusión en cualquier lugar que esté. Sin embargo, América le da la bienvenida a ese cantante de ópera extranjero sólo por haber nacido en Europa.

No todos los sujetos de la literatura abordada en *En otro lugar* viven el exilio como algo negativo, pero todos están atravesados por un discurso que entreteje el aquí y el allá, el pasado y el presente en que la memoria siempre está atenta, ya con miedo olvidar el mundo anterior, o bien deseosa de hacerlo. Siempre hay expectativas, esperanzadas o aprensivas, sobre cómo se encajará en los mapas trazados por otros. La inadecuación es constante; la ajenez, la sensación común. El exiliado sólo encuentra su verdadero lugar en la literatura.

---

7. Es llamativo que el capítulo se cierre diciendo: "lo que somos y hemos sido desde las fundaciones propiciadas por el Descubrimiento de América" (145). ¿Por qué usar esa construcción y no otra? Puestos a elegir entre un lugar común y otro, ¿por qué optar por ese que pone en juego un polémico "descubrimiento"? ¿No es acaso el primer gran exilio de europeos, africanos y americanos, los que partieron de su tierra en búsqueda de fortuna y quienes fueron empujados con violencia de la suya para servir o ser un elemento decorativo y probatorio en otra?